

“Regreso al presente”

Sonó el despertador, como si de un día más se tratase. Pero el amanecer denso y enrarecido dejaba entrever la particularidad de aquel dos de julio, como si la propia naturaleza se adueñase de su singularidad y quisiera mostrarla de forma imponente.

Habían pasado más de veinte años y, sin embargo, para Bertram Roth, la asfixiante sensación de pánico que le causaba tener que enfrentarse a un viaje espacial de semejante complejidad, volvía como si no hubiera pasado el tiempo. Y mientras reflexionaba sobre cada una de las decisiones que le habían llevado al punto en el que se encontraba su vida en ese momento, una ola de nostalgia le invadió por completo.

Cerró los ojos, y entonces, volvió a ser aquel niño desgarbado y flacucho, al que le encantaba perderse entre las bulliciosas calles de su Hannover natal, recorriendo con sus enormes ojos oscuros cada detalle de aquellas fachadas medievales de colores suaves, revestidas de majestuosos entramados de madera. De pronto, tornó a su recuerdo el olor de la deliciosa compota de su abuela Silke, que acostumbraba a tomar en las tardes de merienda en su casa, mientras escuchaba fascinado durante horas la historia de aquellos impactos de bala, que todavía conservaban algunas de sus paredes, dando testimonio de las enormes brutalidades que se habían cometido en la ciudad durante la Segunda Gran Guerra. También pudo verse pidiéndole una vez más a su padre que le acompañase hasta el bosque, para perderse entre sus verdes alisos, o a dar un paseo entre los vibrantes tonos amarillos y rojizos, que abrazaban las orillas del canal con la llegada del otoño. Sin embargo, los negocios del señor Vincens Roth raramente le permitían semejantes caprichos. En compensación, siempre que podía lo llevaba consigo en sus viajes a Hamburgo, durante aquellas interminables visitas a sus clientes. Estaba convencido de que había sido allí, entre los cientos de puentes de las más diversas formas y estilos que franqueaban sus canales, donde se había enamorado de la idea de construir inmensas estructuras de la nada.

Se incorporó sobre su cama, no sin un gran esfuerzo. Recorrió sus piernas, que pesaban como dos enormes mazas de plomo, hasta llegar a sus pies, donde colocó las robustas botas que le servían de protección. La fragilidad de sus huesos acusaba no sólo el paso de los años, sino también las altas dosis de radiación a las que habían sido expuestos, sobre todo con ocasión de las primeras escafandras, aquellos pesados trajes de kevlar y plástico aluminizado, que se habían revelado hartamente ineficaces ante una atmósfera mucho más delgada. Sus músculos, también habían decidido abandonar aquella firmeza propia de un atleta, que le había acompañado en su juventud, como resultado de las distintas presiones y vaivenes a los que los había sometido la fuerza de la gravedad.

Después del aseo fue armando una a una las distintas partes del traje Skora, un biotraje de níquel tan flexible y ajustado, que parecía hacer las veces de una prolongación más de su cuerpo. Lo había diseñado su amigo francés, Dean Thierry, quien dirigía la matriz de la única fábrica de trajes espaciales existente, y a pesar de ser un poco más pesado que los uniformes que acostumbraba a llevar diariamente, seguía sorprendiéndole

cómo todo el sistema de soporte vital y de monitorización podían caber en una cubierta tan delgada. Cada milímetro de su cuerpo quedaba protegido por toda una red dotada de inteligencia propia, sin fisuras, sin fallos, un trabajo magistral. Sonrió, pensando en lo seguro que le hacía sentir aquella suave especie de segunda piel.

Fuera le esperaba una ardiente mezcla de polvo, que rápido comenzaría a agruparse formando kilométricas estructuras de arena oxidada, encargadas de elevar las partículas superficiales de agua hasta la atmósfera, que, al evaporarse, contribuirían a perfilar aún más el árido y desértico paisaje. Era época de tormentas, lo que significaba tener que reforzar las precauciones en los desplazamientos por la pérdida de visibilidad durante el día, mientras que las noches se volverían tan horriblemente frías, que cualquier salida clandestina resultaría imposible. Sin embargo, lo que más molestaba a Bertram de aquellas tormentas globales, era verse privado de la posibilidad de contemplar los fenómenos cósmicos que tenían lugar con la llegada de la noche. Justamente en aquel momento se estaba perdiendo el baile entre Venus, Júpiter y Saturno, que llevaría a mostrar una alineación perfecta entre los mismos, y que habría podido descubrir nítidamente escapándose a alguna colina escondida lejos del murmullo de la ciudad, si bien ya no sabía si se le volvería a presentar otra oportunidad como ésta.

De haberse tratado de un día corriente, habría tenido que atravesar una vez más la gran metrópoli de Uruk, que recibía su nombre en memoria de la que fuera la primera ciudad de la Tierra, conmemorando así el espíritu de unidad y las ansias de un nuevo comienzo que habían presidido su fundación, y que al igual que la primigenia ciudad de Mesopotamia, había quedado asentada a lo largo de una llanura de grandes dimensiones. En el camino hasta la salida Norte, se habría detenido para curiosear entre las maravillosas cúpulas-invernadero, uno de los pocos espacios donde era posible seguir admirando los colores vivos y brillantes de la naturaleza. Allí podía encontrar de todo: recreando el hábitat propio de un clima tropical, majestuosas palmeras reales, ficus trenzados, helechos, violetas africanas; aparentando un típico jardín zen japonés, los delicados cerezos, que esperaban florecer en las próximas semanas, entre una alfombra de llamativas azaleas; e incluso un pequeño ecosistema desértico, a cuyos pies se podían reconocer aquellas piedras vivas que tanto interés le despertaban. En los últimos invernaderos, orientados hacia el este para recibir con mayor plenitud los rayos del sol, se cultivaban los productos que luego se repartían por los diversos centros de distribución. Así, se daba vida a toda una flora absolutamente artificial, que crecía ajena a los experimentos que sobre ella se realizaban, dispuesta a abrirse paso, aunque fuera de forma tan quimérica, dentro de aquellas frías cubiertas de sílice.

La salida Norte era el necesario punto de enlace, donde tomar un astromóvil hacia cualquier lugar. Bertram debía recorrer desde allí, más de doscientos kilómetros hasta su centro de trabajo, lo que le llevaba un tiempo ridículamente corto, pero suficiente para que volviese a su cabeza ese día en que hace algo más de tres décadas, estando sentado en la vieja butaca de su apartamento berlinés, le había sobresaltado la visita de un grupo de excéntricos científicos de la Agencia Mundial del Espacio (AME), una organización creada con el consenso de los países miembros de la OTAN, tras el estrepitoso fracaso de

la Oficina para Asuntos del Espacio de Naciones Unidas, quienes llamaban a su puerta persuadidos por el éxito de sus sucesivos proyectos de ingeniería en la capital alemana. Su trabajo se centraba en reclutar a los mejores profesionales de cada campo de estudio, para preparar un éxodo masivo al planeta Marte, que tendría lugar tan pronto como éste dispusiera de las infraestructuras básicas que lo permitieran. “Debe de tratarse de una broma”, se había repetido una y otra vez, tratando de digerir su discurso. No obstante, los preparativos del proyecto “Transit”, no eran sino una inminente realidad, al fin se había llegado a un acuerdo, para la creación de distintas ciudades que estarían bajo el control de un Gobierno común, en el que los diversos países estarían representados en función de su poder económico. Aunque estaba claro que en la Tierra sólo quedaban las ruinas de un mundo purulento, infecto de inseguridades y de amenazas para la vida, su escepticismo lo había cegado completamente en aquel momento, llevándole a negar la realidad: el fin no sólo estaba cerca, sino que ya les había arrollado sin remedio. Muestra de ello eran, la desaparición de innumerables ciudades, que habían sido anegadas por el rápido deshielo de los polos; las catástrofes naturales, que se habían ido sucediendo de manera imparable, agudizando terriblemente la hambruna y pobreza de una población saturada; los ataques y guerras entre países, que estallaban en medio de una desesperación desconocida hasta entonces, y que había llegado para apoderarse de todo.

Pronto, los expertos de la AME consiguieron convencerle de que necesitaban sus conocimientos para “Transit”, hasta tal punto, que Bertram se vio enfrascado en la idea de dirigir la construcción de las presas subterráneas, que supondrían las principales reservas de agua en el “planeta rojo”. No podía ser de otra manera, pues la presión y las condiciones de fuertes vientos, impedían su conservación en estado líquido en la superficie. Además, ello impedía que las gélidas temperaturas nocturnas azotasen con tanta fuerza los abastecimientos.

La exigente etapa de formación en la Agencia, le había preparado para trabajar en los entornos más duros e inverosímiles, se había especializado en geología marciana, adquiriendo los conocimientos necesarios para resolver todo tipo de desafíos e imprevistos que pudieran surgir, y había tenido que sortear duras pruebas físicas y psicológicas que lo habían llevado al extremo. Pero ni todos los experimentos del mundo podían anticipar aquella sensación de vértigo al dejar atrás toda su vida, todo mundo conocido... Llegó el día en que partieron hacia su nuevo hogar, y mientras la nave espacial se elevaba cada vez con más fuerza, no podía evitar sentir que caía hacia un enorme vacío.

Cuando llegó a Marte, todo un amplio dispositivo estaba dispuesto para comenzar los trabajos. Tras verificar las condiciones del terreno, Bertram instruyó a todo un equipo en un plan minucioso para la construcción de las primeras presas, lo que le llevó varios meses. Por un lado, varias naves de carga, habían permitido el transporte desde la Tierra de las piezas que integrarían las máquinas tuneladoras, mientras que por otro, el nuevo planeta era rico en las arcillas impermeables necesarias como basamento para las presas. Uruk era aún tan sólo un sueño, pero en su cabeza comenzaban a levantarse vertiginosamente cada uno de sus edificios y se llenaba de vida.

Desde el comienzo, el nuevo orden se sostuvo sobre un modelo en el que las decisiones se tomaban de forma conjunta, intentando minimizar el riesgo de tensiones que pudieran echarlo todo a perder. La economía descansaba sobre la existencia de factorías controladas, que proveían de todo lo básico para la supervivencia de la población. Su producción encontraba salida en diversos centros de distribución estratégicamente localizados, donde se podía encontrar, desde alimentos, hasta toda una amplia gama de biontrajes, que resultaban indispensables para salir a la superficie, puesto que no sólo conseguían equilibrar la fuerza de la gravedad, sino que a la vez su sofisticado sistema de filtros hacía que el aire de la atmósfera fuera respirable. Las viviendas, apiladas en especies de complejos residenciales, contaban con varios pisos subterráneos, alcanzando en la superficie únicamente un máximo de tres alturas, y estaban pensadas fundamentalmente para conservar, de manera natural, una temperatura agradable, pudiendo albergar a familias de lo más variado. La población podía desplazarse con astromóviles, o una especie de vehículos no pilotados que circulaban atravesando las gruesas vías de hierro instaladas en la tierra, y que funcionaban por la combustión de nitrógeno. Poco a poco se había permitido la movilidad fuera de la ciudad, incluso en los últimos años se organizaban excursiones a diversas comarcas todavía sin habitar, como la zona conocida como “la fosa del Cerbero”, una región donde la tierra, lo mismo se abría en extensas fracturas, que se elevaba formando imponentes volcanes, haciendo las delicias de los amantes de la naturaleza en su estado más salvaje.

En veinte años desde su llegada, había visto aparecer nuevos retos, que habían tensado cada vez más las relaciones entre los gobernantes. Precisamente, el control de las nuevas ciudades que pretendían construir, hizo estallar una crisis sin precedentes: Rumanía, Hungría y Montenegro, hartos de ser apartados de la toma de decisiones, fueron sorprendidos al intentar tomar secretamente posesión de la cuenca Hellas y los Valles Marineris, con la idea de implantar, por la fuerza, su propio orden en ellas. El resto de países se tomaron estos hechos como una alta traición y decidieron expulsar de la ciudad a los que denominaban desleales, junto con el resto de ciudadanos que se habían atrevido a manifestar su descontento, ante la desigual distribución de la riqueza y la ideología autoritaria en la que se pretendía educar a la población marciana. Los desterrados estarían perdidos sin recursos y sin ayuda, y el régimen lo sabía. Por ello, les ofrecieron como alternativa, la posibilidad de fletarles de nuevo a la Tierra, donde serían libres de hacer lo que quisieran. La historia se volvía a repetir: de nuevo la avaricia y el sentimiento egoísta del hombre intentando imponerse sobre el resto, eran superiores al empeño de conservar una alianza.

Al enterarse de la decisión, fueron muchos los que no tardaron en expresar su descontento, ante lo que creían era una decisión arbitraria e injusta. Otros aprovecharon para revelarse frente a un régimen, cuya corrupción empezaba a hacer borbotones por todos los lados. Algunos no se resistieron a ayudar a los disidentes en su vuelta a la Tierra, ofreciéndoles incluso a enviarles varias naves de carga llenas de provisiones, para que no les faltase de nada. Entre estos valientes se encontraba Bertram, quien había llegado a perder la ilusión en su trabajo, al ver de primera mano cómo los cercanos al poder acumulaban riquezas incalculables, mientras en algunas zonas humildes las familias

lograban subsistir a duras penas, tomó la determinación de regresar con ellos para poner sus conocimientos al servicio de quienes más lo necesitaban. Una vez allí, intentarían valerse de la tecnología que habían descubierto en Marte sobre la congelación de los polos y la evaporación del agua para crear un nuevo continente, como el que fuera en su día el primitivo Pangea.

Echando la vista atrás, no podía parar de pensar en aquella bruma de entusiasmo, en que le habían sumergido las palabras de quienes le habían introducido en el proyecto “Transit”, bajo la premisa de que el caos suele venir acompañado de grandes comienzos. Sin embargo, aquel dos de julio, mientras abandonaba el sencillo módulo que había convertido en una acogedora habitación, con la vista envuelta en aquel amanecer de color fuego y ceniza, no pudo evitar preguntarse si alguna vez conseguiríamos escapar de esa arbitrariedad, de ese maldito efecto mariposa, que nos hace prácticamente imposible encontrar el equilibrio, y nos lleva siempre, precisa e inexorablemente, justo a eso, a lo que más tememos, al caos en su más sincera y profunda descripción.